

NEREA RIESCO

LOS LUNES EN EL RITZ



NEREA RIESCO
LOS LUNES EN EL RITZ



ESPASA  NARRATIVA

© Nerea Riesco, 2018
© Espasa Libros S. L. U., 2018

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de cubierta: © Lee Avison/Trevillion Images
y © Akg-images/Album

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 2.480-2018
ISBN: 978-84-670-5170-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO I

(NOVIEMBRE DE 1929)

1

Aquél fue el año en el que se lanzó al mercado el desarrollador de senos Pilules Orientales. En los anuncios destacados de las páginas centrales del *Cronista Impaciente* se certificaba el aumento y la firmeza del pecho femenino, sin perjudicar la salud, en el plazo de dos meses, por el módico precio de 7,50 pesetas. Pero a Martina Romero semejante prodigio de la industria farmacéutica no le interesaba en absoluto; sus incipientes curvas de mujer la tenían sin cuidado. En realidad a ella le hubiera gustado nacer hombre, y no porque le apeteciese afeitarse el bigote, usar corbata o fumar como una coracha. Aquellas cosas, a esas alturas, ya llevaban años haciéndolas las mujeres con mayor pericia y elegancia que los caballeros. Tampoco era porque sintiese ningún tipo de atracción por los encantos de su propio género. La única razón por la que a Martina Romero le hubiera gustado nacer hombre era para que su padre la observase con el indisimulado orgullo con el que aplaudía las torpes evoluciones de su hermano. Poco importaba que Fran no pareciese dispuesto a seguir los planes específicos y claramente marcados que su progenitor había proyectado para él, o que su expediente académico fuese ramplón. Al muchacho, lo que dijera los libros y los maestros siempre le pareció mucho menos interesante que atrapar lagartijas con las que asustar a las doncellas del hotel y, sin lugar a dudas, prefería liarse a puñetazos, patadas y escupitajos con cualquier compañero de colegio antes

que pasar las tardes estudiando. Ahora que comenzaba a hacerse hombre, había eliminado la tendencia a escupir, pero continuaba con el mismo carácter pendenciero que le empujaba a enfrentarse con cualquiera, sin importar que le doblase en altura y peso. Del mismo modo había sustituido la manía de perseguir lagartijas por lanzarse a la caza y captura de camareras, cocineras, doncellas y, en general, de toda aquella mujer que se encontrase cerca y estuviera dispuesta a dejarse engatusar por su carácter de incipiente seductor.

Su padre, don Paco, miraba hacia otro lado y justificaba los actos de su hijo asegurando que todas aquellas dispersiones, y otras cuantas más que, según él, aún le quedaban por acometer, denotaban masculinidad y gallardía, ambos atributos necesarios para ser su digno sucesor como director del mejor hotel de Madrid. Mientras tanto a Martina la trataba como a un objeto decorativo, un alfiler de corbata elegante, unos gemelos de plata o un pañuelito de seda que lucir en el bolsillo: mi nena, mi preciosa nenita, un príncipe es lo que se merece. Y estando así las cosas, Martina tenía que conformarse con ser mujer. Y ni siquiera eso: tenía que conformarse con ser una niña, porque así era como su padre la veía, pese a que llevara más de un año usando sostén y que fuera más que evidente que ella no requería de las bondades que prometían las Pilules Orientales. Don Paco nunca alabó sus brillantes calificaciones escolares, ni su magnífica interpretación al piano del *Claro de luna*, ni que hablase el inglés con perfecto acento de Cambridge, o el francés como la mismísima Madame de Pompadour, o que se hubiera aprendido de memoria, a la tierna edad de cinco años, la tediosa lista de los reyes godos, pese a que jamás en la vida se citase a ninguno de ellos en una conversación mínimamente interesante. Para él los talentos de su hija no eran más que encantadores pasatiempos de solterita y no valoraba sus inclinaciones artísticas, seguramente porque la niña sustituyó el chupete por un lápiz en una transición de la que él no llegó a darse ni cuenta. Desde ese momento el lápiz mordido fue su primer juguete. Y casi el único. En cumpleaños, Reyes y demás festejos señalados en los que la entrega de regalos fuera inexcusable, lo único

que demandaba la criatura eran lápices de colores, acuarelas, pinceles... y más adelante lienzos y óleos. Martina suponía que no tomaban en serio su vocación porque ella definía sus obras como «jaulas para sueños» y porque pintaba duendes, hadas y elfos que más tarde evolucionaron en ecosistemas completos que incluían árboles centenarios, lagunas y cascadas, alces, centauros, leones, sirenas y vacas lecheras, sin importarle en absoluto que la madre naturaleza hubiera decidido no hacer coincidir en el espacio-tiempo-realidad a todos esos seres. Ni siquiera por su sobresaliente paso por la acreditada Escuela de Artes y Oficios mostró su padre signo alguno de admiración. La única vez que pareció impresionado fue el día que la muchacha plasmó en óleo sobre lienzo, con precisión milimétrica, la lánguida expresión de *El caballero de la mano en el pecho* tras haberlo visto unos minutos en una excursión al Museo del Prado. Y es que Martina había mostrado desde niña la sorprendente capacidad de recordar hasta el más mínimo detalle de los cuadros que llamaban su atención, aunque los viese una única vez y de forma fugaz, de modo que los subterfugios que otros pintores utilizaban para la creación de sus obras se desvelaban en pocos segundos ante sus ojos. Con un solo vistazo, alcanzaba a saber el tipo de pelo del pincel utilizado, la tonalidad bermellón precisa, la calidad del óleo y la presión que su creador había ejercido sobre el lienzo. Colgaban en las paredes del apartamento que ocupaba la familia Romero las copias de un tríptico con el *Jardín de las delicias*, el propio *Caballero de la mano en el pecho* y una *Nuit étoilée sur le Rhône* de Vincent van Gogh. También pintó un *Saturno devorando a su hijo* que no gustó a nadie. A don Paco le resultó preocupante que su hija hubiera reproducido un cuadro en el que un anciano octogenario aparecía desnudo, despelucado, zampándose a su criatura a mordiscos, como si se tratase de un bocadillo de calamares. En los últimos tiempos estaba interesado en las teorías sobre hipnosis y sugestión publicadas por un médico austriaco llamado Sigmund Freud, y creyó entrever, en la fascinación por esa obra, algún tipo de perturbación de sus relaciones paternofiliales. Nada más lejos de la realidad. Martina quedó impre-

sionada por el Goya precisamente por todo lo contrario. Su padre era para ella un ejemplo a seguir; un hombre admirable, hecho a sí mismo, fuerte, valiente, trabajador, que quería lo mejor para sus hijos y lucharía para conseguir bajarles la Luna, si ellos así se lo pidieran. Don Paco jamás se comportaría como ese malvado Dios romano, temeroso de ser superado por sus vástagos. Pero, como nadie llegó a comprender sus motivaciones, y además las doncellas se sobresaltaban al tropezar con los ojos de loco de aquel señor en la oscuridad del pasillo, el *Saturno devorando a su hijo* fue desterrado a los confines de uno de los cuartos vacíos del sótano.

Aquél era otro lunes más de invierno en los salones del hotel Ritz. Faltaban dos días para la celebración de la fiesta en honor a Antonio y Manuel Machado por la representación número cien de su obra *La Lola se va a los puertos* en el teatro Fontalba. La idea del homenaje surgió de José Antonio Primo de Rivera, que por aquellos años era uno de los consejeros de dirección del establecimiento. Quería celebrar de esa forma el clamoroso éxito de crítica y público que estaban obteniendo los hermanos andaluces en la capital.

Sentada, junto a su madre y las amigas de ésta, en torno a la mesita de té que ocupaban todas las tardes de los lunes en el centro de lo que dieron en llamar el jardín de invierno, Martina parecía una ninfa de cuento, con su largo cabello color bronce viejo cayendo en cascada sobre la espalda completamente recta. Las manos blancas delicadamente posadas sobre sus rodillas, las piernas juntas y la barbilla alta, en postura domesticada tras años de contundentes amonestaciones y severa disciplina. Su madre, Eveline, y las dos amigas de ésta, Piluca y Tatita, hacía tiempo que realizaban el mismo británico ritual de tomar el té a las cinco que había puesto de moda el padre de Martina y al que se habían adherido todos aquellos que, años atrás, preferían saciar el gusanillo de media tarde con ordinarios picatostes con chocolate.

La delicada luz natural se colaba por la formidable estructura de hierro y cristal que cubría el techo, diseñada por

Charles Mewès y ejecutada por la Sociedad Jareño y Cía. Se trataba de un auténtico prodigio de la técnica moderna, provisto de un mecanismo que generaba una lámina de agua sobre los cristales para aplacar los embates del verano madrileño. Para evitar que las gotas provocadas por la condensación cayesen en forma de lluvia sobre los clientes, se habían colocado estratégicas palmeras cuyas hojas, a modo de paraguas natural, mantenían a salvo el peinado de las damas, los trajes de los caballeros y la alfombra de trescientos cincuenta metros cuadrados, confeccionada a mano en la Real Fábrica de Tapices, valorada en más de un millón de pesetas. Decorado por todo lo alto con muebles de junco esmaltado, columnas de mármol rojo, cortinas drapeadas, apliques de luz manufacturados en París, y presidido por una preciosa estatua de Atenea que descansaba sobre un macizo de flores, el jardín de invierno se convertía en un enclave aristocrático a la par que extravagante, digno de ser disfrutado por lo más selecto de la alta sociedad.

El conjunto envolvía las reuniones de las damas con un halo onírico, sibilino, enigmático. Al menos ésa era la sensación que siempre tenía el padre de Martina cuando las observaba desde la distancia. A veces se acercaba, atraído por la embaucadora imagen, curioso, intrigado, deseoso por conocer qué las mantenía inmersas en esas largas conversaciones que parecían mucho más interesantes que cualquier cumbre de líderes políticos mundiales, pero le daba la impresión de que, cuando él llegaba, las mujeres cambiaban de tema, lanzándose a formular cumplidas frases sobre las últimas variaciones del tiempo, la exquisita decoración y la preocupación por la salud de todos los presentes con media sonrisa cortés. Al final don Paco terminaba despidiéndose con la incómoda sensación de que estaban deseando que se marchara, de que los hombres no eran bien recibidos en ese delicado cónclave femenino. Al menos los hombres que no vistiesen hábito.

Aquellas elegantes mujeres, altas, delgadas, bien perfumadas, con medias de seda y carmín rojo pasión en los labios de pitiminí, casadas con lo más granado de la sociedad madrileña, atendidas a cuerpo de rey, aburridas de su vida aco-

modada y picadas por el remordimiento de vivir mejor que la gran parte de los mortales, se habían propuesto liberarse de aquel desasosiego con la creación de la Asociación de Damas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Su principal misión era recaudar fondos para la causa del padre Eugenio, un cura de talante recalcitrante capaz de vender su alma al diablo si con ello conseguía dar de comer ese día a sus feligreses más pobres. Eso sí, siempre sin perder la sonrisa. Las damas de la caridad intentaban remediar las injusticias del mundo una vez a la semana, aferradas a sus tazas de té, con el vigor y la viveza de la gente que sólo ha conocido la cara amable de la vida. A ojos ajenos podía parecer que vivían a la sombra de sus respectivos maridos, pero en realidad tenían el empuje de adolescentes dispuestas a cambiar el orden del mundo, si eso era lo que el padre Eugenio requería de ellas.

Tatita estaba casada con un contraalmirante, el marqués de Sagaz, padrino del primogénito de los Romero. Fue miembro del Directorio, el primer Gobierno que formó Primo de Rivera tras el golpe de Estado. Tatita cumplía a la perfección con su papel de marquesa, pero, en sus ratos libres, tenía la costumbre de dialogar de tú a tú con la Virgen María desde que se le reveló, muchos años atrás, rodeada de angelotes, ataviada con el mismo atuendo con el que la representó Murillo, según la propia Tatita explicaba. También era capaz de comunicarse con los espíritus sirviéndose de una mesa de tres patas alrededor de la cual debían reunirse las personas interesadas en contactar con sus seres queridos desaparecidos. Los presentes colocaban las manos sobre la superficie. En la tapa de la mesa estaba escrito el alfabeto sobre el que se desplazaba un puntero metálico que señalaba, una por una y en perfecto orden, las letras que Tatita iba transcribiendo para que el ser del más allá pudiera dejar bien claro su mensaje. En otras ocasiones era ella misma la que entraba en trance. Con los ojos cerrados colocaba sus manos sobre una hoja en blanco y era el lapicero el que parecía escribir solo. A su marido la actividad estrafalaria de su mujer no le preocupaba demasiado. Hablar con los espíritus y tener experiencias místicas se había puesto de moda en los últimos tiempos y la

mayoría encontraba encantador su pasatiempo. Incluso había servido como excusa para organizar reuniones sociales en su casa.

El caso de Piluca era diferente. Había sido actriz quince años atrás. La Linda Piluca, se hacía llamar. La muchacha más bonita de Madrid, según revalidaron los cronistas del momento. Y como la que tuvo retuvo, aún conservaba gran parte de esa belleza. Estaba casada con uno de los empresarios teatrales más importantes del país, dueño también de otros tantos negocios, entre ellos la revista de variedades *Cronista Impaciente*. Él se enamoró de su forma de moverse sobre el escenario, de su talento a la hora de representar cualquiera de los papeles que se echara a la cara, de sus tablas, pese a ser tan joven, de su memoria para recordar los textos, de su capacidad para conmover al público, de su porte versátil. Fue por eso por lo que le pidió matrimonio y la retiró de los escenarios; para poder disfrutar él solo, y en exclusiva, de todo aquel talento. Ella, en un primer momento, quedó convencida de que eso era lo que tenía que hacer. El destino al que una mujer decente debía aspirar era a casarse y tener hijos. Todo lo que había hecho hasta entonces no era más que transitar el camino que la conduciría a conquistar el corazón del mirlo blanco que, sin lugar a dudas, era su marido. Eso era lo que todo el mundo decía. Poco tardó Piluca en darse cuenta de que la vida de esposa se le quedaba pequeña. Su casa llena de lujos y de servidumbre le aburría. Ir a comprar ropa, cosméticos y sombreros le aburría y, lo peor de todo, su existencia también le aburría. Y de qué manera. De modo que las actividades de las damas de la caridad llegaron justo a tiempo para que no terminase por volverse loca.

—¿Sabéis lo último de lo que me he enterado, queridas? —Sin esperar respuesta, Piluca continuó hablando—: Al parecer, el «ilustrísimo» doctor Novoa ha dicho en el Congreso que la mujer no debería votar jamás y que se basa en argumentos biológicos para demostrarlo.

—¿Biológicos? —preguntó Martina.

—Pues sí. Asegura que la mujer no controla la reflexión ni el espíritu crítico. Dice que estamos dominadas por los senti-

mientos y las emociones y que eso nos convierte en inestables. Ah... —Sostuvo el dedo índice en el aire para señalar que estuviesen atentas porque aún le quedaba una barbaridad más que añadir—: Y que el histerismo es consustancial en la psicología femenina.

—Si lo dice un doctor...

—¡Por Dios, Tatita! Eso es una estupidez.

Tatita ni siquiera intentó rebatir a su amiga. Piluca era de carácter pertinaz y ella no estaba preparada para enfrascarse en discusiones acaloradas con nadie. Mucho menos si se trataba de un ser humano vivo. Se encogió de hombros, suspiró y se lanzó a elegir una de las pastas que había sobre la bandeja. Le echó el ojo a una que tenía una guinda verde encima, la atrapó y la sumergió en el té antes de mordisquearla con deleite.

—Deberíamos estar hablando de la fiesta de pasado mañana, ¿no os parece? —sugirió Eveline con ese delicado acento suyo, carente de erres.

La frase de su madre hizo que a Martina se le iluminase el rostro. Le atraía el asunto del sufragio femenino, pero en aquel momento estaba mucho más interesada en la fiesta que se celebraría en el hotel dos días después. Nunca la habían dejado asistir a las fiestas nocturnas del Ritz. Desde que era pequeña observaba con envidia y admiración cómo su madre seleccionaba el vestido que se pondría, cómo se maquillaba y peinaba aquel cabello maravillosamente blanco. Cuando sus padres se marchaban, se quedaba un buen rato aspirando el aroma a jazmín que el perfume de Eveline había dejado flotando en el ambiente. Luego, ya en la cama, fantaseaba con cómo serían las fiestas, la música que estaría sonando, los pasos de baile, las copas de champán francés, lo que haría ella si estuviese allí. Siempre que Martina había preguntado cuándo podría asistir por fin a una de aquellas veladas, su padre le respondía: cuando seas mayor.

Demasiado inconcreto para sentarse tranquilamente a esperar.

—¿Crees que papá me dejará ir a la fiesta? —interrumpió sin poderse quitar esa inquietud de la cabeza.

—Tendrás que preguntárselo a él, *mon petit chaton*.

Martina suspiró sin perder la compostura. Nunca terminaría de parecer una adulta si su madre seguía llamándola «gatito» en público.

Preguntar a su padre era como chocarse contra una pared. A regañadientes le permitía que acudiese los lunes al Ritz para tomar el té. Incluso alguna vez había aceptado que asistiese a los bailes que se celebraban por la tarde. A fin de cuentas, lo único que se hacía entonces era degustar delicados pasteles de hojaldre, suaves pastas de té y alguna que otra medianoche con jamón dulce y queso. Cuando la orquesta comenzaba a tocar los compases de aquel baile de locos llamado foxtrot, que había llegado importado de los Estados Unidos y que pretendía imitar el correteo de un zorro, Martina esperaba con impaciencia a que algún caballero se decidiera a proponerle bailar. Pero eso jamás había sucedido. Y tal vez nunca sucedería. La mayoría de los hombres que asistían a esas tardes de baile en el hotel conocían de sobra el carácter de su padre. Francisco Romero, don Paco para los amigos, era tímido, temperamental e hincha del Real Madrid, pero se esforzaba en disimular todas esas circunstancias, y otras tantas otras, que lo delatasen como una persona guiada por las mismas pasiones que un ser humano normal, aunque no siempre lo lograba. Por eso los clientes sabían que no miraría con buenos ojos que su hija adolescente se lanzase a dar saltos por el salón de baile, abrazada a un señor, imitando el correteo de un zorro, por muy de moda que se hubiera puesto eso en España.

—Deberíais dejarla venir. Ya es toda una señorita —abogó Piluca.

La mujer acercó su mano a la barbilla de la joven para pellizcarla. Ese gesto no consoló a Martina. Muy al contrario. Le hizo sentirse de nuevo pequeña y torpe. Le había costado ser aceptada en las damas de la caridad de San Vicente de Paúl. En un principio se hacía la remolona junto a ellas o se acomodaba sobre las rodillas de su madre hasta que ésta se cansaba y le indicaba a la nani que la subiese a casa. Un buen día le permitieron acercar una silla y acompañarlas. Le colocaron

una taza de té humeante debajo de la nariz. Ya en ese primer momento el olor le pareció nauseabundo. Pese a todo sorbió el líquido amargo y terminó de confirmarlo: el té sabía a hierbas hervidas. Comparado con el chocolate de la tarde que solía merendar, aquello era un brebaje repugnante. Pero por supuesto no dijo nada para no desentonar. Se limitó a echarle tres terrones de azúcar y darle vueltas y vueltas hasta casi deshacer la cuchara. Así fue como había conseguido pertenecer al exclusivo grupo femenino.

—Deberías hablar con tu marido, querida —insistió Piluca, dirigiéndose a Eveline—. La fiesta de pasado mañana no es un simple baile, es una celebración de la cultura, un evento que será recordado por las generaciones venideras. Te lo digo yo, que he ayudado a mi marido a componer el plantel de figuras que actuarán. —Suspiró con ojos soñadores. Sus amigas supusieron que le habían venido a la memoria sus tiempos de actriz—. Vendrá un prometedor joven que canta, baila, actúa... pocas veces he visto tanto talento reunido en un mismo cuerpo. Fue uno de los héroes del Novedades.

—¿Un héroe del Novedades? —preguntó Eveline sorprendida.

Piluca asintió con jactancia y las mujeres le lanzaron una mirada interrogante. El año anterior uno de los teatros más destacados de la ciudad, el Novedades, se incendió en plena actuación. Murieron sesenta y cuatro de los espectadores que en aquel momento disfrutaban del sainete *La mejor del puerto*. La catástrofe tuvo tal repercusión que el alcalde destinó una parcela del cementerio del Este a enterrar a las víctimas. Acudieron al funeral las más altas personalidades del momento, entre los que se encontraban el propio presidente, el marido de Tatita y ella misma. El ayuntamiento, tras la desgracia, decidió aumentar el número de bomberos, creando un cuerpo especial para cines y teatros.

—Este joven —aclaró Piluca— actuaba esa noche y, al ver el desastre, bajó del escenario y guio a la gente hasta la salida posterior, la de artistas, salvando la vida de muchas personas.

—Un héroe —indicó Tatita.

—Así es —sentenció Piluca—. Juan Bosco, se llama.

—No parece nombre para un artista de variedades —añadió Eveline—. No es demasiado sugestivo.

—Es cierto... Debería cambiarlo por algo más sofisticado. —Piluca suspiró—. Quizás hable con él y se lo insinúe. Estoy convencida de que alcanzará el éxito. Tiene talento. Mucho talento. Y muy buen porte. Sí, señor. Podría dedicarse al cine.

La mirada de la antigua artista quedó flotando en algún lugar indeterminado de la cúpula de cristal.

—Los actores de cine no necesitan saber cantar —indicó Tatita—. Ni siquiera necesitan saber hablar. Hasta Charles Chaplin ha asegurado que nunca hará cine sonoro.

—Dicen que hay problemas porque los micrófonos no registran bien las efes y las eses —añadió Eveline.

—El cine sonoro sustituirá al mudo —concluyó Piluca convencida—. Ya lo veréis.

La conversación sobre la evolución del cinematógrafo quedó en suspenso ante la llegada del padre Eugenio. Su cuerpo menudo zascandileó con alegría entre las mesas cercanas. Saludaba a los clientes tirándose del rabillo de la boina, luciendo su contagiosa sonrisa y haciendo gala de su fluida verborrea. Se paraba con ellos, les preguntaba por sus padres, madres, hermanos, primos lejanos y negocios presentes, pasados y futuros. Entre frase y frase sacaba una pequeña libretita de participaciones del bolsillo y, tras una animada conversación, se producía un intercambio de papelitos y dinero. El padre de Martina lo observó desde el otro lado del salón. A él, que había sido el precursor de las normas de etiqueta del hotel en las que quedaba claro que las mujeres no podían usar pantalones y los caballeros debían siempre lucir corbata, se le llevaban los demonios cuando veía aparecer al padre Eugenio vistiendo su roída sotana y cubriendo su calva con la sobada *txapela* que se trajo mil años antes desde su País Vasco natal, calada hasta las orejas.

—Buenas tardes, señoras. —Cabeceó el sacerdote, haciendo el ademán de una reverencia—. ¿Han leído el periódico de hoy? —Lanzó sobre la mesa la *Hoja del Lunes*. Las mujeres observaron la noticia que quedaba expuesta.

ESPECTÁCULO DEL CANGURO BOXEADOR

Volvieron su mirada al religioso, interrogantes.

—¿Qué les parece? —exclamó él.

—¿Un prodigio de la naturaleza? —interrogó Piluca.

El padre Eugenio observó perplejo a la mujer, antes de reparar de nuevo en el periódico. En una fotografía de media página aparecía la imagen de un marsupial pertrechado con guantes de boxeo, en actitud pendenciera, frente a un humano vestido con traje y corbata. Se trataba de Aussi, la estrella del circo australiano que estaba próximo a visitar la ciudad. El canguro, increíblemente, respondía con toda cordialidad a las preguntas del periodista, de modo que la entrevista se extendía a toda la página. El padre Eugenio lanzó una sonora carcajada.

—No, no... mis queridas damas. Disculpen. Me refiero a la noticia que queda justo por detrás. —Volvió a coger el periódico, guiñó los ojos, porque era corto de vista, y leyó en voz alta—: «El día 1 de enero, gran inauguración del edificio de Telefónica».

Volvió a lanzar la *Hoja del Lunes* sobre la mesa. En la fotografía aparecía el enorme rascacielos edificado en plena Gran Vía para poner la ciudad de Madrid a mayor nivel que Londres, o incluso que Nueva York, como dijo con muy buen criterio el rey Alfonso XIII el día que efectuó desde allí la primera llamada transoceánica que se realizaba desde España, en la que contactó con el presidente de los Estados Unidos. No en vano se trataba del primer rascacielos construido en Europa; el edificio más alto del continente.

—Aquí dicen que tiene casi noventa metros de altura —señaló Tatita admirada.

—Noventa metros de cristal, hierro y hormigón que han costado treinta y dos millones de pesetas, señoras mías. ¡Treinta y dos millones! Habrase visto qué barbaridad. ¡Qué locura! ¡Qué despilfarro! Cuando hay gente en la calle de al lado que está muriéndose de hambre. Con ese dinero habría yo sacado de la miseria a cientos... ¡qué digo cientos! ¡Miles de familias! Le habría podido comprar a Pedrín uno de esos

ciclos para inválidos Hans Mader, para que no tenga que ir arrastrándose en una caja de fruta con ruedas. Es terrible vivir en un mundo en el que es más importante levantar un edificio que facilitar una vida feliz a un niño.

—El dinero que saquemos con la subasta anual de Reyes lo dedicaremos a eso —señaló Eveline conmovida por la imagen de Pedrín, al que ni siquiera conocía en persona.

—Tranquila. Tengo previsto destinar a ese fin el dinero que saquemos con la venta de la lotería de Navidad.

—También aparece la noticia de la inauguración de nuestra biblioteca para niños en el parterre del Retiro —exclamó Piluca, que estaba hojeando el diario.

El padre Eugenio sonrió beatíficamente.

—No sé qué haría sin ustedes; mis ángeles en la tierra.

Fue justo en ese momento cuando don Paco se acercó para saludar al padre Eugenio, atrincherado tras su diplomático mohín de agrado fingido.

—Buenas tardes, padre —saludó cortésmente—. De nuevo nos premia con su grata presencia.

El padre Eugenio, que era capaz de leer la mente y el alma de los mortales, le devolvió el saludo.

—Ya sabe que no puedo faltar a estos encuentros semanales con mis encantadoras damas de la caridad. Por cierto, don Paco, ¿sabe usted lo que se va a celebrar dentro de un mes, más o menos?

—¿La Navidad? —preguntó con extrañeza, sin tener del todo claro a qué venía aquella pregunta.

El padre Eugenio se carcajeó abiertamente.

—¡Claro! Por supuesto, sí... La Navidad también. Pero yo me refería a algo que va a pasar un poco antes. El día 22 para ser más exactos.

—¿El día 22?

—El 22 de diciembre, sí —aclaró el religioso.

—¿Se refiere usted al sorteo de la lotería?

—¡Equilicúa! ¡El sorteo de la lotería de Navidad! Esa tradición extraordinaria que nos anuncia la próxima llegada de las fiestas con las que celebramos la gloriosa venida de Nuestro Salvador. En fin... Este año, como el pasado, hemos tenido

a bien hacer participaciones de un precioso número. Estoy seguro de que usted no me perdonaría si, siendo ambos tan buenos amigos, se enterase de que la suerte ha recaído precisamente en mi humilde parroquia de Cuatro Caminos y que no le ofrecí lotería. ¡Pero no se inquiete! Ya estoy yo aquí para solucionarlo. Precisamente traigo —introdujo la mano en el bolsillo de su sotana y extrajo la libreta que poco antes había estado paseando por el jardín de invierno— un buen fajo de participaciones. Como puede ver, en cada una de ellas figura una estampa de San Pancracio, acompañado de su oración, con lo cual es complicado que no nos veamos señalados por la fortuna. Por una mínima donación, puede usted ganar el premio gordo. ¿No le parece una estupenda oportunidad?!

Don Paco escuchó con displicencia el discurso del padre Eugenio sin mover ni un solo músculo de la cara. Tuvo que contar internamente hasta diez antes de volver a hablar. El cura le ponía nervioso, sobre todo cuando importunaba a los clientes con su sonrisilla de buen samaritano, asaltándolos para que le comprasen papeletas para todo tipo de ridículas rifas, en plan Robin Hood eclesiástico.

—Sí. Ya he visto que le ha ofrecido las participaciones a todas las personas del salón. Estoy seguro de que mi mujer va a comprarle un buen número, si no lo ha hecho ya. Ella es la que se encarga de este tipo de cosas, así que es evidente que la suerte ya la tengo en casa. Y ahora, si me disculpa, tengo que seguir con mi labor.

Don Paco se dio la vuelta irritado, sintiéndose terriblemente incómodo, pero como siempre disimuló. Se alejó saludando a los clientes, inundándolo todo con su gesto afable. Como él bien decía, un director de hotel debía regirse por los mismos cánones que un diplomático: pensar dos veces antes de hablar, para finalmente no decir nada.

La que sí hubiera podido percibir lo molesto que estaba era Martina, pero ella ni siquiera reparó en que su padre se marchaba. Estaba demasiado preocupada ideando un plan que le permitiese asistir a la «fiesta del cante y el baile». Hizo el cálculo; si quería hablar con su padre a solas, no le quedaba más remedio que esperar al final del día, cuando ya todos

estuviesen dormidos. Levantarse y aguardar a oscuras, en silencio, en la sala.

2

La familia del director del hotel residía en el último piso del establecimiento, en un apartamento sin cocina. No la necesitaban; hacían el desayuno y las comidas en el restaurante. La vivienda contaba con tres habitaciones, un despacho, un salón y un baño. Así don Paco estaba siempre a la orden, por si se le necesitaba.

Martina entornó despacio la puerta de su habitación. Se asomó con sigilo para comprobar que su madre y su hermano ya dormían. Todas las luces estaban apagadas. Se recogió el camión, se deshizo de las zapatillas y caminó de puntillas en dirección al salón. La esponjosa alfombra persa amortiguó sus pisadas mientras atravesaba el pasillo bajo la atenta mirada de los retratos que decoraban las paredes. Tan pronto como estuvo en el saloncito se sintió más segura. Pese a todo, el corazón le latía al doble de la velocidad habitual. Anhelante, se sentó en uno de los sillones dispuesta a esperar a su padre. A cada momento creía reconocer sus familiares pasos avanzando por el corredor, sus llaves cascabeleando un segundo antes de abrir la puerta. Pero sólo era su imaginación. Pasaban los minutos y don Paco no aparecía. ¿Por qué? ¿Por qué no llegaba ya? Repasó mentalmente las razones que la empujaban a esperarle de esa forma y un nudo de ansiedad se le aferró en la garganta. Estaba segura de que se estaba cometiendo una injusticia con ella. A su hermano le dejaban asistir a las fiestas nocturnas del Ritz desde hacía mucho tiempo, ¡y sólo era dos años mayor que ella! Le molestaba que Fran nunca hubiera tenido que pedirlo, fue una evolución natural. Calculó que tuvo conciencia de lo distinto que era llegar al mundo como hombre o como mujer a la tierna edad de cuatro años. Una tarde, en la que la doncella los metió a ambos en la bañera, se fijó en el diminuto apéndice entre las piernas de Fran. Al preguntar por él, la muchacha respondió, sin darle mayor impor-

tancia, que se trataba de un dedo. Hasta ese momento creyó que las diferencias con su hermano radicaban en que ella llevaba pendientes, faldas y el pelo largo. No imaginaba entonces el poder que infundía ese apéndice.

Al principio Martina aceptó de buen grado esa diferencia que hacían entre ambos, sin dedicarle ni un solo pensamiento de más. Pero en los últimos tiempos, cada vez que la familia se engalanaba para asistir a una de esas veladas, ella los observaba silenciosa, resentida, con el ceño fruncido y los labios apretados, cubierta con su infantil camisón de puntillas y lacitos, aferrada a un vaso de leche caliente, sintiéndose más injustamente tratada que nunca.

Había llegado el momento de ascender un escalón más. Así de sencillo.

Martina miró con impaciencia en dirección a la puerta por la que tenía que entrar su padre justo en el momento en el que el reloj de pared marcó con estruendo la medianoche. Las doce campanadas retumbaron en su pecho, acelerando aún más su corazón. Seguía sin haber señal alguna de la llegada de don Paco. La tenebrosa oscuridad de la sala la envolvía. Hasta hacía muy poco tiempo, estar allí en mitad de la noche, a oscuras, le hubiera dado mucho miedo. Quizás aún le daba miedo. Se apartó la idea de la cabeza. Eran las niñas las que tenían miedo de la oscuridad. Y ella ya no era una niña. No, no lo era. Una niña no habría conseguido la beca del Ministerio de Instrucción Pública gracias a la cual comenzaba a considerársela como una de las jóvenes pintoras con más proyección del país. Su nombre había salido incluso en el periódico. Suspiró. Lo único que tenía que temer era que su madre se despertase, la descubriera e insistiera en que se acostase asegurándole que ya se encargaría ella de hablar con su padre sobre su hipotética presencia en el baile, lo cual hubiera dado al traste con todo. Ya había pasado por eso en otras ocasiones. Su madre no era una buena representante en asuntos como aquél.

Para su fortuna, volvió a oír ruidos en el pasillo y esta vez sí era don Paco. Llegaba resoplando, cansado de contener su energético carácter para adaptarlo a la prudencia que exigía

su estatus. A contraluz vislumbró la esbelta figura del hombre responsable de su presencia en el mundo: alto, delgado, siempre correctamente vestido. Seguía manteniendo el cabello oscuro, a juego con sus ojos, que delataban su origen del sur. Aunque Martina estaba embargada por sus preocupaciones, le contempló con cariñoso orgullo. Su padre era un ejemplo de tesón y fuerza. Nada de lo que había logrado en la vida era un regalo. De sus dos hijos ella era la que más se le parecía: tenaz, meticulosa... aunque él, seguramente, no lo sabía.

Martina se incorporó del asiento, como si tuviese un resorte, pero don Paco no se percató de su presencia hasta que encendió la luz.

—¡Santo cielo! ¿Qué haces ahí como un fantasma? ¿Acaso quieres que me dé un infarto? Me has asustado.

Martina, sin contestar, corrió a darle un beso en la mejilla. Antes de hacerlo, aspiró su aroma. Desde que era una niña le había gustado el olor a Varón Dandy que desprendía. Un olor que ella identificó con la esencia de la masculinidad.

—Te estaba esperando —le dijo con voz entusiasta—. Tengo que hablar contigo.

—¿Y tiene que ser a estas horas? ¿No puede esperar a mañana?

—No. No puede esperar. Es urgente.

—Huy, huy, huy... Me echo a temblar. ¿De qué se trata ahora?

Ella le observó anhelante. Don Paco siempre tuvo dificultad para expresar su necesidad de ser amado. Su trabajo en el hotel le había enseñado muchas cosas, entre ellas a mantener sus sentimientos bajo control, dejando a un lado las debilidades. Trataba con diplomacia a los clientes, con severidad a los empleados a su cargo, con firmeza a su hijo, para que tomase ejemplo y aprendiese a comportarse como un hombre, con tacto a su esposa, que siempre parecía caminar a dos metros sobre el suelo. Por eso había volcado en Martina sus mejores sentimientos. Desde que la sostuvo por primera vez entre sus brazos sintió por ella una ternura infinita; aquel cuerpo desnudo le conmovió hasta los tuétanos. Se le inundaron los ojos

de lágrimas y decidió que no permitiría que nada ni nadie le hiciera daño jamás.

Pronto se dio cuenta don Paco de que su hija era diferente. Lo supo nada más cumplió los cinco años. Acostumbrada como estaba a pasarse el día con un lapicero en la mano, su madre decidió enseñarle los rudimentos básicos de la escritura. En poco tiempo llenaba libretas con palotes, círculos, vocales y consonantes. Un día estaba especialmente afanada en uno de sus cuadernos, con la lengua atrapada entre los labios, arrancando con rabia las hojas, lanzándolas lejos hechas una pelota para ponerse inmediatamente manos a la obra sobre la página en blanco. Don Paco se le acercó para preguntarle a qué venía tanto desasosiego.

—La Q es mala. Me confunde —le dijo molesta.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa? ¿Qué es lo que te confunde?

—Que el color morado de la O cambie a verde cuando colocas el rabillo de la Q.

Don Paco la miró sin comprender.

—¿El morado de la O? ¿El verde de la Q? ¿De qué hablas?

—Pues los colores de las letras, papá —le respondió Martina sin dar muestra alguna de estar bromeando.

—Las letras no tienen colores, hija. Las letras son... son... son... letras —refutó don Paco mientras la niña lo observaba desconcertada.

Comenzó a interrogarla. Tras dos horas de charla descubrió que Martina estaba convencida de que de la polka brotaban espirales azules, que el intenso perfume del recepcionista sonaba a bisagra oxidada y que el nombre de su madre sabía a palomitas de maíz. Preocupado, consultó el asunto con el médico del hotel. El doctor Benavides intentó aclarar la confusión de la criatura sirviéndose de un juego de construcción de madera compuesto por triángulos, cuadrados, conos y cilindros de colores propiedad de su hijo pequeño. También le cubrió los ojos mientras la obligaba a escuchar en el gramófono, intermitentemente, valeses y jotas aragonesas. Estuvo visitándola durante un mes, haciéndole preguntas que repetía una y otra vez si no respondía de la manera adecuada, hasta que la criatura terminó por detestarlo. Cuando

escuchaba la voz del doctor Benavides avanzando por el pasillo, corría espeluznada a esconderse dentro del armario. La mayoría de los armarios del hotel tenían la parte trasera abierta a otra habitación para que los clientes dispusieran de la ropa perfectamente limpia y planchada sin el menoscabo de estar atendiendo la puerta. No había necesidad de que la doncella entrase en el apartamento para llevar a cabo esa tarea. Martina aprovechaba la circunstancia para salir por el otro lado y escapar escaleras abajo. Corría por los pasillos en dirección a la cocina o el sótano. Tardaban horas en encontrarla.

Teniendo en cuenta el estado de nervios que provocaba en la niña, y en vista de que sus terapias no estaban dando el menor resultado, el doctor Benavides recomendó abandonar el tratamiento. Tranquilizó a los padres asegurándoles que Martina simplemente pretendía llamar la atención; algo muy habitual. Los convenció de que peor sería que tuviera la fea costumbre de morderse las uñas, sacarse los mocos en público, utilizar los lápices de colores para decorar las paredes del hotel o, lo que era aún más vergonzoso e incómodo, que miccionase en la cama hasta los catorce, como sucedía con otros niños que él trataba.

Desde ese momento, el sentimiento que Martina provocaba en don Paco varió levemente. La ternura se convirtió en conmiseración y el afán protector, en temor. Se culpó de haber criado a su hija en un hogar estrafalario en el que deambulaban políticos, millonarios, aristócratas, camareros, botones, doncellas... cada uno de su padre y de su madre, sin que la pobre tuviera claro el ejemplo que debía seguir una señorita. Y eso por no hablar del sinfín de extravagancias que la niña les escuchaba decir a su madre y a las amigas de ésta sobre almas errantes, auras de colores que envolvían a las personas, cartas del tarot y escritura automática. Suerte tenían de que no estuviera loca de remate. Sintió que debía resguardar a su hija entre sus manos, como si se tratase de un pajarillo delicado, recién caído del nido.

Las criaturas son capaces de captar a la perfección el efecto que causan en los mayores, así que Martina pronto tuvo

conciencia de aquella debilidad, que terminó por hacerse recíproca. La niña corría a su despacho y trepaba sobre el regazo de su padre para tirarle de las patillas mientras él refunfuñaba con la boca pequeña que lo dejase en paz. Don Paco compraba castañas asadas a la castañera de la esquina de la calle Felipe IV, las sacaba del cartucho de papel de periódico y las escondía en el abrigo para que ella le asaltase al llegar al apartamento, deslizado sus diminutas manos en los bolsillos, dando grititos de satisfacción cada vez que encontraba una. Don Paco jamás supo que a Martina no le gustaban las castañas y que sólo fingía interés por ellas para sentir que eran cómplices de esa privada diversión. Con esos juegos don Paco satisfacía su necesidad de contacto humano. El resto del día estaba demasiado ocupado ordenando el hotel, complaciendo los caprichos de los clientes, atendiendo a políticos, departiendo con el señor Marquet de las novedades gastronómicas y protocolarias que todo director de un establecimiento como el Ritz debía conocer. Por eso Martina sabía que, pese a ese carácter pasional que le hervía por dentro, él tenía el corazón sentimental. Le observó a la débil luz de las lámparas y se sintió envalentonada. Por alguna extraña razón ese día sentía que podía conseguir todo lo que se propusiera.

—Está bien —atajó su padre—. ¿De qué se trata esta vez? ¿Más dinero para lienzos? ¿Pinturas? Sabes que, si lo que quieres es volver a pedirme que te envíe a estudiar a esa escuela de arte de París, la respuesta es no. Está demasiado lejos y tu madre se preocuparía. Quizás dentro de un par de años cuando...

—No, no es eso, papá.

Estaba llegando la hora de la verdad, pero Martina remoloneaba. Se daba cuenta de que había desgastado sus energías convenciéndose de que tenía que hablar con su padre, pero no había pensado en la manera de atajar el asunto para que él no pudiera negarse de primeras.

—¿Cómo van los preparativos para la fiesta de los Machado? —preguntó sibilina.

—Como siempre. Tengo que estar yo en todo. Aquí hay muy buenos trabajadores pero carecen de iniciativa. Por si

fuera poco, aún no está confirmada la presencia del monarca. ¡Qué desastre...! Dicen que ahora no quiere coincidir con el presidente. Que no le interesa que le relacionen con él. ¡Este país está absolutamente trastornado! Y claro, dependiendo de si viene o no, hay que variar el protocolo, las medidas de seguridad y...

—Dice Piluca que vendrán muchos artistas —interrumpió Martina. Si su padre se enfrascaba en una charla de ese tipo, resultaría complicado retomar la senda que ella pretendía seguir.

—Artistas, artistas... —protestó él, picando el anzuelo—. No hacen más que causar problemas. Que si hay que poner aquí el escenario, que si aquí no que no hay mucha luz, que hay que habilitar una zona para que puedan cambiarse de ropa. Artistas...

Don Paco sentía una especie de animadversión por todo aquel que se dedicara al cante, al baile, a la actuación o al toreo. De hecho, existía una norma no escrita en el hotel, introducida por él, un código interno denominado NTR (No Tipo Ritz) por el cual no se admitían huéspedes que se dedicasen a esas profesiones. Para eso estaba el Palace, apuntaba.

—Piluca también dice que va a ser la fiesta del año. Que será un referente cultural que nadie debería perderse.

—Piluca... ella sí que no debería ser un referente para nadie y menos para... —Don Paco dejó la frase en suspenso. Guardó silencio un par de segundos, cambiando el gesto como si acabase de descubrir el secreto mejor guardado del reino—. ¿De modo que es eso?

—¿Que es qué? —dijo ella molesta, porque notaba que se estaba sonrojando hasta las orejas.

—¿Por qué no lo has preguntado directamente y te dejas de tantos rodeos? Hubieras preguntado, yo te hubiera dicho que no y asunto zanjado. Ya estaríamos los dos en la cama hace tiempo.

—¿Por qué no?

—Te lo he dicho mil y una veces. Eres demasiado joven para asistir a una fiesta nocturna. Dentro de un par de años, cuando cumplas los dieciocho, celebraremos tu puesta de largo

y, a partir de ahí, estarás presentada en sociedad y no habrá impedimento alguno.

—¡Pero a Fran le dejabas ir a fiestas cuando tenía mi edad!

—protestó ella.

—Porque Fran es hombre.

—¿Y qué?

—¿Te parece poco?

Martina sintió su mitad de sangre andaluza corriendo a toda velocidad en su interior. Apretó los puños llena de furia, pero se obligó a sí misma a tranquilizarse y atemperar su tono de voz. Sabía que una actitud airada no le llevaría a ninguna parte. Conocía demasiado a su padre, así que respiró profundamente, buscando recuperar la calma perdida.

Se notaba, por su lenguaje corporal, que don Paco estaba incómodo, enojado por enfrentarse a una situación que cada vez se repetía con mayor asiduidad. Había llegado ese momento de la vida en el que debería dedicar muchos esfuerzos en seleccionar al hombre que tendría que hacer de Martina una mujer feliz, y en absoluto se sentía preparado para semejante desafío. Pronto sobrevolarían sobre ella un buen número de moscones. Ya había descubierto a más de uno observándola con curiosidad, posiblemente hechizado por sus delicadas facciones, aquellas pálidas hechuras heredadas de su madre francesa y albina, mezcladas con la fuerza de las rabiosas raíces andaluzas, que si bien le otorgaban la blancura del alabastro, también le aportaban un delicado rubor en las mejillas y en sus labios, siempre teñidos de rojo sin necesidad de carmín. Pero lo que más llamaba la atención de Martina era aquel cabello color indefinido: ni rubio, ni moreno, ni rojo, ni castaño... que caía alocado, como una cascada sobre su espalda, hasta llegar a la cintura. Un cabello de leona selvática, de mujer de carácter, que hacía juego con sus ojos color miel. Un cabello que su padre insistía en que se cortase a la moda del momento. Un cabello tan difícil de domesticar como estaba resultando ella misma. Don Paco quería mucho a su hija pero le molestaba tener que enfrentarse a los problemas de la adolescencia. Para eso estaba su madre. Echaba de menos a la niña que sólo añoraba bailar subida sobre sus zapatos. La niña

que le aseguraba que nunca amaría a otro hombre que no fuese él. ¡Maldita sea! ¿Por qué tenían que crecer las hijas? No era lo mismo ser hombre que mujer. Y punto. ¿Tan difícil era de entender?

—¿Acaso alguna vez he dado señales de ser una alocada? ¿Irresponsable? ¿Desobediente? ¿Soy acaso una mala hija? —le escuchó preguntar a Martina con dulzura, con los ojos de corderito asustado que sabía que tan bien funcionaban con él—. Déjame ir, papá. Por favor. Por favor.

Don Paco podía enfrentarse a los gritos, a los malos modos. Ante eso se revolvía como un animal enjaulado, resistiéndose hasta no poder más. Pero se sentía desarmado ante las súplicas y las lágrimas de una mujer. Si al menos Eveline estuviese allí, como había sucedido en otras ocasiones... ella habría mediado entre él y Martina, consolándola y convenciéndola.

—Por favor... por favor... —repitió la muchacha con las palmas de las manos juntas, en señal de ruego.

—Ufffff... Está bien. ¡Pesada! Pero no te quedarás al baile. Te irás después de las actuaciones.

Martina brincaba sobre la alfombra, aplaudiendo sin hacer ruido. Tras un par de saltos, se abalanzó sobre su padre, le abrazó el cuello y comenzó a darle besos en la mejilla.

—Gracias, gracias... Eres el mejor padre del mundo.

—Bueno, ya está bien. Pelotilla —protestó él con la boca pequeña y, señalándola con el dedo índice, insistió—: Recuerda lo que te he dicho. Te irás después de las actuaciones. Antes de las doce te quiero en la cama.

—¿Como la Cenicienta? —se burló ella.

—No hagas el tonto, que aún estoy a tiempo de arrepentirme.

Martina se llevó los dedos a los labios e hizo el gesto de cerrárselos con una llave invisible que después tiró bien lejos. Se encaminó a su habitación dando vueltas, fingiendo que danzaba con un *partenaire* imaginario.

—Que no ensayes pasos, que no te vas a quedar al baile —le escuchó decir entre susurros a su padre.

Eran las seis de la tarde del día 27 de noviembre y una penumbra invernal se colaba en el cuarto de Martina, filtrándose a través de las cortinas rosadas. Las paredes enteladas con seda salvaje color beis enmarcaban perfectamente los muebles de caoba. Si ella se hubiera asomado a la calle, se habría dado cuenta de que la Navidad comenzaba a intuirse en el ambiente, pero en el Ritz todavía se resistían a acometer la decoración del árbol, al menos hasta que se celebrase la fiesta de esa noche. De todos modos, una perfumada tibieza a galletas de jengibre, ponche, canela y pastel de higo se percibía por los pasillos del hotel, alcanzando su habitación. Otros años, a esas alturas, ya estaría nerviosa pensando en la cena de Nochebuena, las uvas de año nuevo y los regalos de Reyes, pero ese día no prestaba atención al olor, a las noticias de la radio, a la oscuridad que en un día normal estaría indicando que pronto tendría que bajar a cenar y preparar las cosas antes de irse a la cama.

Oyó ruidos dentro del armario de su dormitorio que indicaban que estaban colgando allí el vestido que luciría esa noche. Martina lo sacó y lo depositó sobre la cama. Nunca imaginó que elegir la indumentaria adecuada para asistir a una fiesta de gala resultaría tan complicado, que existieran tantas normas no escritas de etiqueta femenina: la largura exacta de la falda, la calidad del tejido dependiendo de la época del año, las combinaciones de escote aceptadas; si era alto, debía lucirse sin mangas, si era más amplio, debía llevarlas. Su madre nunca le hablaba de esas cosas. A Eveline la tiranía de la moda le preocupaba muy poco y observaba sus vaivenes con el mismo interés que ponía en ver caer la lluvia. Casi siempre lucía el mismo atemporal vestido de corte largo con lentejuelas, en diferentes tonos, que ella se encargaba de adornar con alguno de los cientos de broches que su marido le regalaba.

Para fortuna de Martina, Piluca se erigió como su consejera en esas lides. Sobre moda lo sabía absolutamente todo. Piluca la apoyaba, le daba la razón, le escuchaba los desaso-

siegos, le aconsejaba... siempre estaba a su lado. Era una especie de madrina para ella. El hecho de que Piluca no tuviera hijos en los que depositar el exceso de amor que acumulaba la incitaba a sentir por Martina un afecto especial.

—No nos da tiempo a que te confeccionen un traje a medida... que, por otra parte, sería lo ideal —indicó la antigua actriz con gesto contrariado—. Ni a que te forren los zapatos con la misma tela del vestido. Bueno... no será perfecto, pero habrá que conformarse con el *casi* perfecto. Tú no te preocupes de nada, cariño —añadió—. Déjame a mí.

Acudieron a los salones de moda de Margarita Lacota, donde un grupo de encantadoras señoritas desfiló ante ellas mientras la dueña del negocio les hacía el repaso de las calidades de las prendas. Todos y cada uno de los modelos eran copias de los que lucían las estrellas de Hollywood en las fiestas más chic del momento.

Hasta nueve vestidos se probó Martina antes de decidirse por el que descansaba sobre la cama. Piluca los iba descartando sin remordimientos: uno por oscuro, que le hacía parecer, quizás, un poco mayor; otro por claro, no muy adecuado para una noche de invierno; éste por demasiado atrevido —«Eres demasiado joven para marcar tanto las caderas»—; aquél por ñoño, y ella no quería parecer aún más joven de lo que ya era..., hasta tropezar con uno precioso que, según les informó *madame* Lacota, había lucido pocos días antes la prometidora actriz Catherine Moylan. Un *soirée* creado por cosmopolitas modistos neoyorquinos, en tafetán rosa, con escote romántico guarnecido con una orla de fino encaje color hueso. Aquél era ideal porque así podría presumir de sus hombros de marfil, de su escote perfecto y sus codos lisos.

Piluca la acompañó también al consultorio de belleza de *madame* Vasconcel y allí le depilaron las cejas para dejarlas como las de Maude Fealy, con la que, según decían, guardaba un gran parecido. Le frotaron la piel con esponja de mar y después se la masajearon con miel y limón. Le hicieron la manicura y la pedicura, sin importar siquiera que los pies los llevase cubiertos por las medias, los zapatos y el vestido hasta el suelo. Piluca le explicó que ninguna mujer podía

sentirse bella sabiendo que llevaba las uñas de los pies sin pintar. Salieron de allí con una bolsa repleta de maquillaje, polvos de arroz, color de labios, rímel, laca de uñas, perfume y otros adminículos que la joven no tenía muy claro cómo debía utilizar.

A dos horas para el comienzo de la fiesta, Martina se colocó frente al espejo, únicamente cubierta con la ropa interior color visón. Se observó con cuidado, girándose para verse por detrás, de perfil, para comprobar que su cuerpo había dejado ya de ser el de una niña. Su cuello era esbelto; sus brazos, finos; su seno, proporcionado y de líneas delicadas. En ese trance estaba cuando su madre entró en la habitación. Martina la miró a través del espejo.

—Es un vestido precioso, *ma chérie* —susurró—. Antes de ponértelo, tendrás que maquillarte.

La cara de Eveline quedó muy cerca de la de su hija mientras la acicalaba, tan cerca que podía sentir su respiración. Martina observó los casi transparentes ojos azules de su madre, las pestañas, las cejas y el cabello blancos, enmarcando los ojos y el rostro de alabastro. Vista tan de cerca parecía un ángel. Y su comportamiento también era el de un ángel. Un ángel que llegó al mundo en una noche sin luna, razón por la que nació blanca como una muñeca de porcelana, o eso es lo que siempre excusó su abuela materna cuando el cura del pueblo insinuó que tenía pinta de haberles caído encima una maldición. Por si alguno más en el pueblo francés del que eran originarios tuviese la tentación de pensar lo mismo, decidieron que Eveline no fuera al colegio, ni que se relacionara con el resto de niños de su edad. Además el sol le hacía daño en la piel y casi no podía salir a la luz del día, de modo que fue su propia madre la encargada de enseñarle a leer, a escribir y a bordar. El único momento en el que Eveline estaba a gusto en el exterior de la casa era de noche. Así fue como adquirió la costumbre de observar las estrellas. Gracias a los libros que le traía su padre, aprendió los nombres de cada una de ellas, el significado de su colocación en el cielo, su relación con los signos zodiacales y la influencia que ejercían en el devenir de los días de los mortales.